



www.loqueleo.santillana.com

Título original: LIMÓN AZUL

© 2017, Janina Pérez de la Iglesia

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-663-4

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora de Revistas, S.R.L.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: abril de 2018

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustración de cubierta: Tulio Matos

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Limón Azul

Janina Pérez de la Iglesia

loqueleg

6 de febrero de 2017

Noticias SIN

Santo Domingo, República Dominicana.

Al menos siete de cada diez niños han sido intimidados y maltratados por parte de sus compañeros de clases de manera agresiva, según la ONU.

*Hay un agujero en la calle.
Puedo verlo.
Es mi agujero.
Me pertenece, lo mismo que pertenecen el resto de los
agujeros a la galaxia.
Y tiene nombre.
Como es mi agujero, nombrarlo es lo correcto.
Lo veo.
Cada mañana.
Los otros pasan por encima.
Yo debo hundirme.
Hundirme en él.
Cuento los pasos.
Ya viene.
Nos miramos.
El agujero y yo.
Y el resto es nada.
No hay mundo.
No hay voces.
Estoy aquí.*

*Me sudan las manos.
Y una bola de hierro se atraviesa en mi garganta.
El corazón es un caballo con mil cascos.
Mil caballos.
Sálvame.
Es mi agujero.
Los otros pasan por encima.
Se apuran.
El timbre está sonando.
No puedo.
El agujero aquí.
El colegio al otro lado.
Inalcanzable.
Ya está.
Giro.
Me voy.
Otro día.
Sin cruzar.
Es mi agujero.
Lo he nombrado.
Y el resto es nada.
Se llama MIEDO.*

—Faltan diez pesos —dijo el turco moviendo sus ojos de buitre en el interior de las cuencas. 11

Revolví los bolsillos. Estaba limpio y lo sabía. De todos modos fingí que buscaba. Le supliqué.

—Los traigo el jueves.

Dijo que no. Que no con la cabeza. Con la boca, ni modo. Se pasaba la lengua por los labios carnosos. La manera de tomarle sabor a su víctima.

Su víctima soy yo.

—¿Sabes lo que cuesta esto? —Agitó el sobre en el aire—. He demorado meses para conseguirlas. Originales. ¡Qué vas a saber!

Tragué.

Calculé.

Seis minutos de ida. Otros tres buscando el dinero. Seis minutos de vuelta. Total: quince.

El turco imprimía otra vez el movimiento de péndulo a los ojos. Derecha. Izquierda. Y si aparece alguien más, se las vendo. Decían los ojos. No las separo. No hago compromisos contigo. Vuelve cuando quieras.

Salí corriendo por la 27. La mochila pegaba contra mi espalda como un fardo, los cuadernos entrechocaban como bloques de Lego en su interior.

Desemboqué en mi calle a las siete y ocho minutos.

Metí la llave en el agujero de la cerradura. Giré. Espacio, fui abriendo la puerta. A veces chilla, pero solo un poco.

Esta vez la puerta chilló. Chilló como nunca.

12 La mantuve abierta y seguí hasta el centro de la sala. Esperé. Silencio. Dejé la mochila sobre el sofá y caminé de puntillas hacia el interior. En el baño, el sonido de la ducha indicaba a las claras que mi madre estaba dentro. La primera puerta del pasillo corresponde a su habitación y estaba entrejunta. Esta no chilla, por suerte. Pasé. Las cortinas seguían echadas y apenas se filtraba luz por una hendija.

Puedo atravesar la habitación de mi madre con una venda en los ojos. Conozco el camino de memoria. Cuatro pasos, mesa de noche, cama, otra mesa de noche, clóset, percha. Y en la percha un sin fin de bolsos, pero ella utiliza solo el negro. Dice que es el que mejor combina. Paso la mano por la boca del bolso, la hundo, me repugna, es como hundirla en algo sucio, por ejemplo tripas. Saco el monedero y lo llevo hacia la luz de la hendija. Tomo diez pesos. Quedan tres iguales que ese. Respiro, qué alivio. Devuelvo el monedero al bolso y salgo al pasillo. El sonido del agua se corta y mi madre canta, está saliendo de la ducha.

El turco no viene todos los días. Solo martes y jueves. Se queda dando vueltas por la esquina del colegio, como el que no quiere la cosa. Pero quiere.

Vende de todo. Es decir, de todo para varones. Vende chicas. Me refiero a eso.

Tiene un maletín de cuero, oscuro y gastado por los bordes. Se lo cuelga al hombro con una correa, gastada también. Se peina hacia atrás, concienzudamente, se abotona la camisa blanca hasta el cuello, usa corbata, parece mormón y huele a colonia para niños. Solo los ojos te llegan a inquietar. No hay que mirarlo fijo. No hay que mirar al turco, solo debes mirar en el interior de su maletín. Escoger una. Tal vez dos. A veces el dinero no alcanza, entonces suspiras, devuelves la foto y te dices: será otro día.

Las que vienen en ropa interior resultan baratas. Las que vienen en pelotas cuestan el doble. Algunas el triple. Las hay rubias, morenas, con los pechos de este tamaño, con poco pecho, sin pecho. Todas en colores.

El turco es muy discreto. Reparte unos panfletos que explican el modo más fácil de llegar al cielo. Como una ruta de buseta, pero más segura. Hasta señalan las estaciones en la segunda hoja del panfleto. Cuando un adulto pasa frente a él, le ofrece el tour y sonrío. Casi siempre le toman el panfleto. Casi siempre el otro sonrío, también, y le agradece. Con esas ropas y ese cabello estirado, nadie duda de sus buenas intenciones.

Pero a nosotros no nos fía la mercancía ni de chiste.

Yo no compro chicas. Ni en ropa interior, ni desnudas.

Para mí hay solo una.

Limón Azul.

Y no viene en pelotas.

El turco consiguió las fotos. Las mejores del concierto de enero.

Cantó veinte canciones. Le pidieron otra y cantó. Y después otra y cantó. Total, veintidós.

Compré el video del concierto y lo paso en la tele de mi habitación. En las noches. Cuando mis padres se acuestan. Me encojo bajo la colcha, me pliego como un acordeón mientras la veo.

Pero video es video. Y fotos son fotos.

14 Puedes llevar una foto en un bolsillo. Deslizarla tras el forro de la mochila. Esconderla bajo el colchón.

Originales, aseguró el turco. Que las tomaron con una Canon profesional. Un tipo que sabe de eso porque ya estuvo en Los Ángeles sacándole fotos a Miley Cyrus. Que eran seis, dijo, y que vendía el paquete entero. Que Limón Azul está increíble, que me iré para atrás cuando la vea. Valor del paquete: ochenta y cinco.

Restaba una calle. En la esquina me detuve. A esa hora de la mañana el flujo de vehículos comienza a crecer. No hay modo de pasarse en rojo.

Esperé impaciente. El hombrecillo verde se demoraba como nunca. Al fin arrancó a moverse por el disco del semáforo, sin avanzar, como si ejercitara sobre la cinta de una caminadora.

Crucé.

Los rezagados ya entraban al colegio.

El turco esperaba en la esquina. Pagué. Me entregó el sobre de Limón Azul.

Lo solté dentro de la mochila y corrí.

Entré al colegio y cerraron la puerta tras de mí.

Recobré el aliento antes de emprenderla con la escalera. El pasillo de los cursos iba quedando vacío.

Si la miro, quedaré fuera del primer turno. Lo sé. Si no la miro, estaré en el aula, pero fuera del primer turno de todos modos. Porque estaré con los sesos dentro de la mochila, dentro del sobre que está en la mochila, y no dentro de mi cabeza, como debe ser.

Era cuestión de decidir allí, al pie de la escalera.

Las miro.

No las miro.

Casi nunca decido a la primera. Solo lo hago por Limón Azul. Al resto de las cosas les voy dando vueltas. Y las cosas van dando vueltas en mi cabeza sin oponer resistencia. Una especie de jugo con la licuadora en la primera. Para que las cosas se ablanden, pero sin volverse una papilla.

Saqué el sobre. Lo abrí.

Tres panfletos del tour al cielo.

Puse el sobre al revés. Busqué en el interior de cada panfleto. Me habían estafado. El turco me robó los ochenta y cinco. O tal vez se equivocó de sobre y el jueves vuelva a la esquina con las seis fotos de Limón Azul, y se disculpe y diga que lo siente mucho. Muchísimo.